

Las estrellas sobre el Amazonas

Fernando Villaverde

RECUERDA UN LUGAR MÁS PEQUEÑO, CON MENOS ÁRBOLES. LA VISTA RECORRÍA sin detenerse lo alto de la plaza, fachadas y balcones, iba en redondo hasta llegar al lado opuesto, podía perderse por cualquiera de las calles o avenidas que partían hacia los cuatro puntos cardinales y sus cuatro puntos intermedios, ocho caminos de distinta anchura. Como si fuera otro lugar, ahora la espesura de los numerosos árboles domina el espacio abierto por la plaza en la ciudad, árboles con frondosas copas, ramas tupidas que se alejan de los troncos en brazos de hasta varios metros, cuya rigidez no les permite entrelazarse pero donde el follaje se entremezcla en una valla de vegetación que, en vez de despejarse a medida que las ramas se extienden, se espesa al confundirse y enredarse las hojas de dos árboles. Crean en torno una trama espesa de verdor opaco a la altura de los pisos altos, interrumpida sólo por la brecha que abre la gran avenida al intersectar la plaza sobre su eje norte-sur y verter allí la mayor parte de los miles de automóviles que, por lo menos a esta hora de la tarde, la del regreso a casa, la convierten en uno de los cruces más agitados de la ciudad.

También en su calma la conoció distinta. Debe resignarse: pasó años cruzando esta plaza, de mañana, de tarde, de noche. Lo desviaba de la línea recta, obligándolo a seguir su contorno, pero no le importaba; a la larga resultaba el camino más corto desde la que fue su casa, próxima a las afueras, y el centro de la ciudad, la ruta del trabajo, las diversiones, los paseos, las citas, las noches. De tanto recorrerla, a menudo la atravesó ensimismado, cabizbajo, sabiéndosela de memoria, sin notar que la cruzaba, descubriendo con sorpresa algo después, al salir de su sopor, que la había dejado atrás, pasando por ella sin mirarla, sin notarla. Pero ni estas distracciones ni la escasa llamatividad de sus fachadas, la ausencia de un visitado monumento o un notable edificio, le impidieron alzar la vista a veces, alzar los ojos sin proponérselo y dar un vistazo al paisaje, retratarlo, observar en tejados, balcones, vidrieras, en viviendas y comercios, rasgos o menudos incidentes olvidados pronto, insignificantes. Con el repetitivo trasfondo de su constante escenario, debieron

haber dejado el conjunto de la plaza grabado sin posibilidad de olvido entre sus recuerdos de una ciudad que por años consideró tan suya como si hubiese nacido en ella, por donde andaba hacia cualquier parte sin necesidad de mirar, tan bien la conocía, tomando atajos, yendo de acá para allá sin vacilaciones en una marcha automática, instintiva, en caminatas de aspecto errabundo que combinaban reflexiones con impresiones fugitivas, en un viaje absorto, vuelto hacia sí mismo, pero seguro, hasta descubrir su meta, al despertar, sin falta.

No es así, no lo fue. Lo descubre ahora, y si era suya entonces esta ciudad, dejó de serlo. Se le han desprendido pedazos a los conjuntos, a cada una de las sucesivas imágenes; se borraron esquinas, callejuelas, portones, escaleras, y en el interior de estas ausencias ha surgido otra geografía, nuevos espacios, distancias y pendientes distintas a las de su recuerdo, con las que vivió este largo intervalo, a las que se acostumbró. Quiere explicarse esta extrañeza, esta incomodidad de sentirse en un sitio ajeno al descrito con tanta frecuencia y, eso creyó, certidumbre, por su memoria, y especula, deja vagar las ideas, se abandona a ellas como a sus pasos: guardó la imagen de esta plaza en invierno, cuando los árboles están deshojados y la mirada se entretiene en descubrir, más allá de las ramas peladas, el quehacer de la gente en los comercios, el entra y sale, el bullicio, sus huellas, su ausente presencia en los balcones, en un objeto adivinado tras las cerradas ventanas, un jarrón más allá de los tules, una lámpara entrevista en el resquicio de las cortinas. Balcones de repetido diseño o de trazado torpe, cualquier cosa, un reborde; una fachada más descascarada que las otras, los adornos y los anuncios en la vidriera de un restaurante, la hendidura abierta entre dos casas por un estrecho pasillo que se pierde oscuro hacia el interior de la manzana; demasiado angosto, fue abierto hace más de un siglo para dar paso a carretones ya en desuso.

Eso quiere suponer. Pero estas posibilidades no son evocadas con precisión, se reviven con esfuerzo; sus emociones se enturbian al irlo comprendiendo: en realidad recuerda y recordó siempre un lugar, un ambiente, un todo, evocaciones que apenas rozan esta presencia con la que se va topando ahora a medida que recorre las aceras de la plaza. Tampoco sucede que por allí hayan dejado su rastro los años, no tantos; su razón aceptaría el cambio con menos asombro. Al contrario, la plaza si acaso se ha vuelto más joven; la ha favorecido la prosperidad. La ciudad, en vez de marginarla, la ha abrazado, haciéndola más suya, la ha acercado a su centro, indistinta. Entonces su sensación del lugar era más íntima. Confusión mayor, al acompañarla otras decepciones; sabe que el tiempo reduce los lugares, los hace más a escala propia; cuando se les deja atrás, el recuerdo vuelve personales los vastos sitios de las multitudes, los empequeñece; desordenados espacios con algo de hostiles resultan más accesibles, se acomodan en una imaginaria armonía.

Como quien quisiera alejar una preocupación, disipar una inquietud, entra al café. El camarero lo saluda con aprendido canto y le indica con gesto de rutina que se siente donde guste. Ademán inútil: quedan pocos sitios libres en la terraza; en la mayoría de las mesas hay grupos o parejas, en una o dos

gente sola, nadie que parezca a punto de irse. Sin necesidad de escoger, encuentra la única opción, una mesa raquítica metida a la fuerza entre otros; una esquina de la terraza desde donde contemplar a la gente que pasa, el paisaje de la plaza.

Le cuesta trabajo llegar. El asiento ocupa un espacio minúsculo junto a la ventana exterior del café, ante una mesa puesta allí casi como adorno. Decidido de todas maneras a sentarse en ella, pide excusas, forcejea, obliga a otro cliente a aplastarse contra el borde de su mesa para permitirle el paso, y aunque está flaco, hace maromas hasta poder sentarse como quiere, así sea de medio lado, para poder volverse a voluntad hacia el café o hacia la calle. Hace su pedido al camarero y lo ve alejarse, recorre el ambiente alegre del café al atardecer, la desenvoltura general; amigos se reúnen y se despiden, estiran el día antes de volver a sus casas, dan y escuchan noticias.

Difusa, prende en él una intuición, un desajuste: algo falta. Siente sin precisar la ausencia de cierta familiaridad, cierta confianza que conoció en estos cafés; como si a éste lo cubriese ahora una atmósfera más estirada, más deseosa de una elegancia imposible, como si en vez de ser sólo una cafetería de esquina, alegre y limpia, el local aspirase a salón de té, a sitio donde cualquier mirada, cualquier gesto, implicase una ceremonia. No logra precisar cómo, pero siente que se ha perdido una despreocupación antes innata, así fuesen los clientes jóvenes o viejos, o sus ademanes puntillosos y su conducta discreta. Como si se hubiese esfumado la posibilidad de una carcajada, un saludo en voz alta de un extremo al otro del salón, una broma del camarero a un cliente o al cantinero, que acodado sobre el mostrador, a pocos pasos de la terraza, conversa calladamente con un bebedor. El tono general tiene un ápice más de reserva, el ambiente es algo más cargado del que atribuyen sus recuerdos a cafés como éste, donde tantas tardes pasó. Molesto, no sabe situar sus resquemores, no les ve razón: los clientes van y vienen, entran y salen sin mucha atención, arrastran una silla, obligan a moverse a otro que les cierra el paso por una senda apretujada. El camarero encarga en voz alta más de un pedido, se dirige a un indeciso para repetirle los pormenores del menú. Difícil atribuir ese freno, esa mayor reserva, pero la nota en torno suyo y, sin llegar a perturbarlo, le pesa sobre las espaldas. Lo fastidia, altera las impresiones grabadas en su interior por cientos de lugares iguales esparcidos por esta ciudad, repetidos a lo largo de calles y cruces, casi idénticos unos a otros. Recuerdos cuyo principal encanto era el descuido, sentirse en un lugar tan de uno como la propia habitación, en el cual moverse y actuar sin cálculo ni previsión. Ese era el deleite de esta memoria. Que ahora, frente a una realidad cuyos bordes le resultan levemente deformes, no se deshace ni se desvanece sino se descoyunta; con una sacudida lo recorre, como el sobresalto de los olvidos momentáneos. En su desconcierto, un nuevo pensamiento lo altera todavía más: sólo él es causa del cambio; la manera en que mira, el tiempo que ha descendido sobre su mirada. La verdadera diferencia está en el control alcanzado por sus gestos, una discreción inexistente cuando venía a estos locales. Es él quien no se siente a sus anchas a pesar de sus movimientos, que

pretende sin cálculo; se ve como un extraño y bruscamente se vuelve hacia la calle, casi de espaldas al local, sin preocuparse de cortesías.

A mitad de una canción que se deja oír sin mucho estruendo desde una casetera colocada por el cantinero sobre el bar, entre botellas, olvida el café, se distrae mirando a la gente que pasa. Un tráfico incesante, entrecruzado, de personas de todo tipo, aunque muchas más van rumbo a las afueras. Dos cadenas continuas que resbalan una junto a otra, en perenne movimiento, cintas múltiples de colores y tamaños cambiantes que se deslizan con destinos contrarios y sólo se detienen momentáneamente al encontrarse por un instante una frente a otra dos personas que siguen rumbos contrarios y que se topan y reanudan su marcha sin mirarse, más atentas a sus pasos.

Selecciona algunos rostros entre los muchos que ve pasar, rodeados, del otro lado del vidrio, de un silencio que quita vida a esa muchedumbre ambulante. Momentos antes todos eran iguales; empieza a diferenciarlos, a distinguir en cada uno, durante los escasos segundos de marcha en que los tiene de frente o de perfil, resaltando en medio de la aglomeración un rasgo, un ademán, algo que dé a sus miradas, a sus arrugas, al perfil de los labios o a la calvicie, intensidad suficiente como para continuar recordándolos al menos un breve rato tras verlos perderse entre la multitud. Como ahora, cuando de la perpetua fila se desprende una mujer que se aleja de los otros, se acerca al muro de edificios, le pasa por delante, muy cerca de él, separada de su asiento sólo por el vidrio de la terraza. De no ser por éste habría podido tocarla. Pero no lo miró, o prefirió no verlo. Camina con una leve cojera y a tres pasos escasos de él, apoyada sobre el edificio, alza una pierna, se saca un zapato y se ajusta un esparadrapo que le protege el talón del roce del calzado. Es un gesto rápido y sabido; lo ha repetido varias veces esa tarde. Mujer, barrio, esparadrapo, se combinan, reviven sin dificultad a aquella que, en sus últimos meses por estas calles, conoció y visitó.

Demasiado tarde se encontraron, pensaría él después, cuando ya estaban lejos uno de otro. Su obligatoria partida puso fin a una corta relación en la que extrañamente alternaron tardes y noches de quietud con otras de desordenada pasión. Como la conducta de ella, que en medio de la mayor placidez, de una calma capaz de mantenerla horas callada, se lastimaba en la cocina al romper un vaso por la brusquedad de un ademán o desordenaba con escándalo la casa en busca de un papel perdido. Fue una relación vivida a saltos, en la que ella, contradiciendo su altanera conducta cotidiana, se aferraba en ocasiones a él como si la agobiase el más profundo desamparo. De su último encuentro, de aquella última noche juntos que ningún sueño interrumpió, recuerda, junto con la voluptuosidad, el olor a esparadrapo. Protegía una cortada que ella se había hecho sin querer en un dedo índice y ese olor se le metía por las narices cada vez que ella le sujetaba la cabeza con las manos o le envolvía el cuello con los brazos. Por muchos años, el eco de esos últimos momentos residió en aquel gomoso olor, y ahora, de vuelta al barrio, el roce en el talón de un zapato de mujer lo devuelve a ese episodio, y aquella otra, una imagen velada, regresa ante sus ojos, aunque no logre distinguirla bien,

en un borroso primer plano, al cabo de años de mezclarla, fugitiva, con tantos otros incidentes.

Sin habérselo propuesto, desde hace rato busca su rostro, acecha su imposible paso, y descubre hasta qué punto, desde el primer instante de pensar en ella, anhela descubrirla como quien encontrara un refugio; desde ese roce de un zapato contra un talón que la trajo de vuelta ansía cruzarse con esas facciones, sobre las cuales tantas tardes vio atenuarse la luz, de cuya boca escuchó alguna ambición. Ignora cómo habrá sobrevivido ese rostro, si podría reconocerlo, de surgir sin aviso entre la monótona sucesión de semblantes que se suceden ante el café. Concentrado en la que conoció, podría pasarle por delante, y en ese instantáneo cruce no bastarle los segundos para identificarla, para retirarle de golpe el disfraz de un maquillaje o un peinado, hasta una estatura, distintos a los de su ilusión.

Como si fuese a buscarla aunque sabiendo que no es así, que juega, está en la calle de nuevo, vuelve a tomar el rumbo que traía, recorriendo con calma el contorno de la plaza. Va más cerca de los edificios que los demás, casi pegado a sus muros. Camina a su paso; se detiene cuando quiere ante un comercio o les da la espalda, vuelto hacia la plaza, a observar cómo, por encima de las copas de los árboles, se doran los techos con la caída del sol, se ennegrece el follaje hasta perder sus contornos las hojas, volviéndose la vegetación una tupida cortina a cada instante más oscura, reconocida como vegetal sólo por su rumor, el batir de las ramas que se escucha sobre el ruido de los autos cuando se cuele por la plaza un brisote y sacude las copas como si fuesen melenas de animales listos para recogerse a pasar la noche.

Cruza una de las calles más amplias que parten del rectángulo y al pasar muy cerca del balcón de un piso bajo, oye lejos, opacas, las notas de un piano. Vienen de ese apartamento herméticamente cerrado, para no molestar o para no dejarse molestar. A pesar de lo remoto de la música, sus ecos la delatan: no es una bocina, no es una grabación que, por perfecta que sea, jamás logra esas reverberaciones que parecen resbalar por los aires, escurrirse por las paredes hasta los últimos rincones de los cuartos y perderse, como si tuviesen solidez, por las rendijas del ladrillo. O es una clase, o alguien, solo, aprende, practica. Quien sea, no prepara un concierto; algunos arranques distinguen al alumno aventajado pero la cautela de ciertos pasajes delata un nivel inferior a la sala de conciertos. Las notas ruedan a ratos con gracia, con gusto, pero les falta pericia. Le es difícil, desde la calle, seguir la melodía, no logra encontrarla. El bullicio de los que pasan, ese rumor flotante de muchas voces ininteligibles y, sobre todo, el variable estruendo de los autos al acelerar por las esquinas, prevalece sobre la débil música que viene de la casa, se cuele cada dos compases entre los resquicios que dejan las notas, interrumpe su sucesión, impide seguir, entender por dónde va la melodía, descubrir el tono dominante sobre el cual se apoya. Su vergüenza también lo distrae: quieto junto al balcón, asume ante los demás la postura de quien espera en ese convenido sitio a alguien que no acaba de aparecer, y a ratos vigila teatralmente las esquinas, intentando dar mayor realidad a ese personaje inventado, procurando disimular su atención a

unos transeúntes que, veloces, no se interesan en lo más mínimo en él; sus poses fingidas sólo logran hacerle perder el hilo de esa rara melodía escuchada más allá, tras la clausurada hendidura de las cerradas persianas. El ejecutante se interrumpe a ratos, cada pocos compases vuelve sobre sus pasos; se ha impuesto una labor ardua, aunque es posible distinguir por lo menos el encaje cromático de la pieza, un canto que asciende indeciso entre bemoles y sostenidos para caer melancólico, como si se desplomara, en acordes de disonancia inconclusa. Permiten imaginar, en el interior de la habitación, un ambiente similar de apagado y entristecido fin de siglo: flecos y cretonas, ocres y caobas.

Abandonado a ella, evoca en él esta música una lectura de hace mucho; una de las ideas de aquel libro, dos o tres, que prendieron lo bastante en él como para resurgir de manera intermitente cuando una situación como ésta logra recuperarlas.

De noche, después de cenar en un campamento al aire libre en plena selva del Amazonas, el autor —no es un libro de ficción— escucha a cierta distancia, mientras pasea bajo las estrellas, una radio, o una grabación, de uno de sus compañeros de expedición: alguien interpreta a Chopin. En ese momento, el narrador sufre una mutación, una especie de epifanía, y la explica. De joven, haciéndose adulto, rechazó invariablemente a Chopin. Su música le resultaba demasiado melosa, de un romanticismo acaramelado. Ahora, bajo las estrellas del cielo amazónico, la escucha de otro modo, y se fascina: entiende, dice, cómo más allá de cualquier posible amaneramiento, de su patente melancolía, hay en Chopin un técnico musical prodigioso, y así el hombre se deleita en plena selva escuchando la insuperable estructura musical de esa pieza, tan engañosamente simple como tantas del autor polaco.

El libro es *Tristes trópicos* y su autor el estructuralista Lévi-Strauss. Aparte de que esta escena sea presentada como una especie de argucia para entrar en materia, ello no le resta peso, tiene genuino valor dramático en el libro, es una anticipada metáfora de los contrastes que su autor expondrá. Pero esto no viene ahora al caso. Ante la situación de esta persona, en su regreso a esta plaza y el desenfoco que causan en su memoria unos pocos años, vuelven a plantearse los *Tristes trópicos*, aunque con un nuevo matiz. Es posible ver con ojo crítico las reflexiones amazónicas de Lévi-Strauss. Sin quitarle ni ponerle a Chopin, aceptando sin reparos la grandeza de sus composiciones para piano, es posible achacar a un cierto cansancio, frecuente en los pensadores y necesario para entender las variaciones finales en las ideas de muchos, la emocionada revisión del filósofo francés.

Joven, descartó a Chopin, no le interesó. Por encima de las virtudes técnicas de su obra, rechazaba en ese compositor un mundo emocional, a sus ojos pasado de moda, propio de aristocracias polvorientas. La juventud lo movía a buscar, en música como en cualquier otra esfera del pensamiento, lo novedoso, lo atrevido, mundos sin explorar que consideraba propios de su tiempo; sin importarle lo arduo que pudiera resultarle, en un siglo tan dado a experimentos y veloces cambios, descifrar las novedades de las ideas nacidas en tropel

a su alrededor, ideas que desmoronaban sin misericordia, una tras otra, pasadas concepciones; ocupaba sin descanso su mente en desentrañar y amar las nuevas maneras de recibir al universo. En ese espacio no cabía Chopin. Es teniendo esto en cuenta que se puede achacar a la fatiga el súbito encuentro afectivo, en su madurez, de Lévi-Strauss con Chopin, ese placer finalmente bienvenido de arrellenarse como en un butacón en melodías perdidas, bajo la noche de los trópicos. La vida del pensador ha descrito uno de sus sucesivos círculos y, de vuelta a Chopin, opta por reposar, sin reparos, sobre el encanto de su música.

El ensayo se suspende, la melodía cesa sin él dilucidarla: de ella le quedan sólo la languidez de frecuentes resbalones cromáticos, la indecisión de inconclusas melodías. Por su mente, dejada en suspenso, cruza una idea que de golpe deshace los ocres, las cretonas, los flecos. Esta música, evocadora para él esta tarde de musgosos decorados donde se obliga a la luz a entrar con excesivo sigilo, significó, a quienes la escucharon por primera vez y durante varias décadas, lo contrario: aristas de cristal, fachadas de atormentado diseño, cuadros en los que la representación estaba cada vez más ausente, esas facetas de la modernidad que acompañaron al nacimiento del siglo xx, sus comienzos. Por entonces nació también esta música, considerada en aquel momento atrevida e hiriente. Incluso él, nacido bastante después, sintió de joven, al escuchar acordes semejantes, algún ardor romántico, es cierto, pero misterioso, hasta tenebroso; en esos tonos menores y sus arpegios se vislumbraba la muerte, un más allá terrenal, sacrílego, deseos y amores de un panteísmo chocante a muchos. Pocas décadas posteriores han bastado para superponer una imagen, si no vetusta, por lo menos de desganada decadencia, a aquellas visiones tan audaces y vitales. Estas son ahora muestra aceptada de buen gusto incluso entre los tímidos, ejemplo de deleite discreto; expresión de placeres altivos, de un rebuscamiento que se quiere elegante. Se entrelaza por su mente, con fugaz terror, la posibilidad de que hubiese podido ocurrirle una alteración igual con aquella mujer del esparadrapo si, como tanto deseó, ésta hubiese pasado ante sus ojos, si se hubiesen encontrado, reunido, conversado un rato: verla con indiferencia, como algo antiguo, sin sentirle vitalidad. Deja escapar esta reflexión, no tolera retenerla, la olvida en segundos.

Se aleja de la ventana, hacia el centro de la plaza, y se detiene cerca, junto a la verja de apenas medio metro de alto que rodea y protege uno de los árboles sembrados por las aceras. Lo mantiene allí una esperanza: quizás, terminado el ejercicio, se abra la ventana y pueda dar cuerpo a ese intérprete cuyo afán de destreza con tanta atención siguió: un joven estudiante o una persona madura y sin futuro musical pero que, yendo contra la corriente, prefiere la torpe música de sus manos y su piano a la perfección grabada por otros. No le hace falta agotarse para saber inútil su espera. No es hora de abrir ventanas: en este rato ha terminado por hacerse de noche.

Le queda poco para terminar su viaje en torno a la plaza y encontrarse, tras horas de paseo, en el sitio por donde lo empezó, con esa perplejidad ahora sustituida en su cabeza por la nueva escritura de una distinta descripción. Al cabo

de un corto trecho, de unos cuantos pasos más, cuando llegue a ese estrecho callejón que sale por gusto de la plaza y abre entre las casas una inútil brecha de menos de cincuenta metros de hondo donde si acaso se acumulan desperdicios, estará de nuevo en el lugar de donde partió. En cosa de minutos el tráfico se ha reducido mucho; los horarios de trabajo dictan esos bruscos cambios: la mayoría de la gente está de vuelta en sus casas y casi todos los que se ven ahora por la calle se mueven con el irregular curioso de quienes andan de compras o se entretienen ante alguna tienda. Los autos, aunque tienen más espacio y podrían ir más veloces, pasan con más calma, y los autobuses se arrastran con lentitud, hartos de recorrer la misma ruta todo el día. El bullicio ha dejado de ser compacto; se distinguen las palabras de quien se despide al salir de un negocio o el timbrado de una caja contadora en el interior de un comercio.

Cuando pensaba que nada le quedaba por ver, descubre, en el corto trecho que lo separa de la esquina, un amplio espacio oscuro de acera. Lo domina la ancha vidriera de un local de aspecto abandonado. La gente cruza deprisa el tramo en sombras, agolpándose en sus extremos, en los centros animados de la dulcería o una tienda de ropa a punto de cerrar, despertando en torno a ese sitio sombrío cierto recelo, el atisbo de un recelo sin razón. El comercio es lo que pareció desde un principio: un local abandonado. Probablemente, desalojado hace poco; ningún letrero anuncia que se alquile. El único objeto visible en la región sin luz del interior del negocio, medianamente invisible en la oscuridad, es un enorme espejo colocado sobre un entarimado bajo de madera, vuelto de frente a la calle. Como el residuo de una mudada reciente, un objeto olvidado por inútil o a la espera de ser recogido pronto, mañana mismo.

El hombre observa el local desde cierta distancia, sin aproximarse del todo, detenido antes de dar los últimos pasos de su recorrido. En ese instante algo lo toca. No se ha enterado de su presencia; ha sido sólo un escozor, un temblor, el presentimiento de una idea. Pero está en él y pronto, a solas o en plena actividad, le brotará de ese fondo de la conciencia donde ha ido a situarse y a moldear, también sin él saberlo, algunos de sus sentimientos. Este viaje, esta vuelta atrás, ha sido un tropezón; esta plaza de hoy, superpuesta a la otra guardada en su memoria, impregnada a su mente, a sus ojos, a su piel, tras años de recordarla sin afán, de llegarle súbita a la imaginación sin buscarla y sin trascendencia, se ha desdibujado, como emborronada por un trapo húmedo. En adelante, a este sitio le espera sólo el olvido: este nuevo lugar no ha tenido tiempo de afincarse en su conciencia, de echar raíces, pero ha desplazado al de siempre, al que había hecho suyo. Confundido por los nuevos ruidos, los nuevos olores, hasta los nuevos colores y luces y paisajes, tan sorprendentes como si la plaza fuese otra, aunque sin despegarse del todo de su antigua imagen ni negarla, no recuerda ya bien lo recordado hasta ayer, lo que hasta hace unos días o unas horas identificaba cuando, rumbo a este lugar, quiso pensar en él, rememorarlo, revivir eso que lo atrajo a él y lo hizo volver, buscando reanudar una antigua amistad, aunque no sea él viejo ni le

queden pocos años por vivir; pero sus zigzagueos, desde que dejó el país donde vivió sus primeros veinte años, han sido muchos; se le hace difícil seguir acumulando lugares, rostros y palabras.

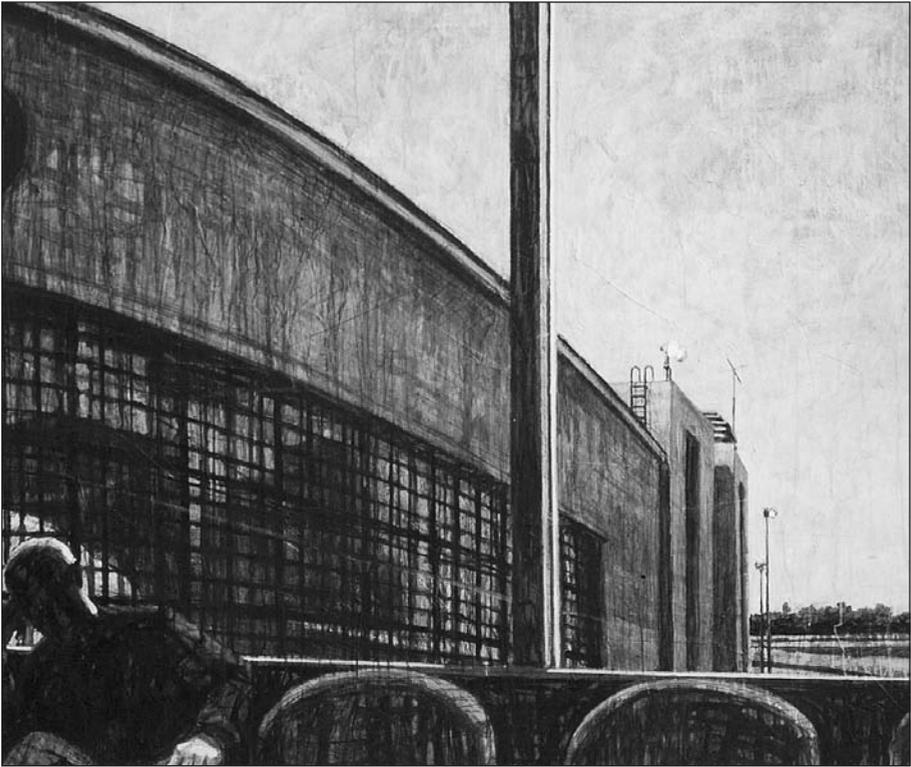
Cuando despierte a este pensamiento alojado sigilosamente en su conciencia, se ahondará en él una incipiente convicción: una vez abandonado el lugar de origen, ése donde uno crece y se forma, no hay marcha atrás posible. Por lo menos él no la tiene, ni a la mirada atrás siquiera. Su vida será para siempre esa ruta horizontal que, como tantas veces deseó cuando se sentía ahogado en su adolescencia por la persistencia de estar en un mismo sitio, se desplegó ante él hacia adelante, hasta el infinito, al momento de partir, invitándolo al avance sin retroceso. Sus nostalgias deberán volverse hacia el futuro: a lugares y personas por conocer, posibles momentos por vivir. No es hora todavía de agotarse.

Va por inercia, sin pensarlo mucho, hacia el espejo colocado en el interior del local; a situarse frente a él, del lado de acá de la vidriera. A verse. Como si quisiera comprobar si este largo paseo en torno a la plaza y el tiempo le ha dejado huellas. Se aproxima y plantado ante él, a un par de metros si acaso, le espera una última sorpresa: no se descubre, no aparece su imagen. Sólo ve en el espejo el reflejo en penumbra de la plaza: árboles, los difusos movimientos de otros autos. Se acerca al vidrio, entorna los ojos para ver mejor: sí, es un espejo, como le pareció de lejos, y está vuelto, efectivamente, hacia la plaza, desde el interior en sombras, alumbrando incluso con sus reflejos esos dos metros que lo separan de la vidriera desde donde él quiere mirarse, reconocerse, sin lograrlo.

El espejo no cuelga; está colocado sobre el entarimado que se eleva apenas diez centímetros del piso, como para protegerlo de un golpe, y acomodado hacia atrás sobre una de las columnas del local, no tan inclinado como para no alcanzar a recoger las cosas a nivel de la acera, ya desierta; sólo queda él en la calle, vuelto con intensidad hacia dentro del vacío negocio. Puede cerciorarse: los troncos de los árboles se reflejan casi hasta su base, hasta la verja protectora; escasos vehículos cruzan, de vez en cuando, de lado a lado de la plaza. Sólo él falta en esa imagen, y su desazón, al no encontrarse y no descubrir defecto en el rectángulo de espejo capaz de justificar esa ausencia, le causa una inquietud creciente, hasta que, lo bastante ecuánime aún como para no dejarse arrastrar por un delirio o aspavientos capaces de atraer a curiosos, no caer en una furia incoherente y ponerse a dar puñetazos contra el vidrio, como en realidad desea con todas sus fuerzas, rechaza la visión, la borra pasándose bruscamente el brazo ante la mirada con un tajante gesto de cólera, y se aleja, resuelto a no dejarse perturbar por esta situación incomprensible, a desalojarla de su memoria, a olvidarla, como olvidará la plaza, su nueva visión de ella y también sus anteriores recuerdos, a desechar este lugar de su conciencia y de su vida.

Decidido en su marcha hacia la esquina, no se vuelve, no ve cómo, al cabo de unos pasos, el espejo, desde ese disimulado receso en la oscuridad en el que se esconde a medias dentro del vacío local, lo recoge ahora con absoluta

nitidez, de pies a cabeza, como él quería, aunque de espaldas, yéndose con andar presuroso hacia esa esquina por la que llegó hace horas. Desde la distancia de la acera, no notó que el abandonado espejo se ha desprendido en parte de su marco y su posición no corresponde, engañoso, a la de éste. Caído hacia atrás, se inclina hacia un costado y recoge las imágenes al sesgo, burlando a quienes, como él, puedan fiarse de la frontalidad del marco. Torcido, lo descubre por entero ahora, en diagonal con el comercio clausurado, al borde de la acera, donde él sigue de espaldas. Es la única figura iluminada en el espacio del espejo, en el cual se refleja además ese techo parejamente oscuro de árboles y cielo confundidos, una cúpula negra sobre la plaza, en la que si acaso, entre el follaje, por un rincón sin nubes, podrá verse alguna estrella. No se sabe si él espera un autobús, el cambio de luz para cruzar la calle, si ha decidido qué rumbo tomar. Continúa de pie en el borde de la acera, visible de espaldas en el espejo.



Afiación al poniente,
A/L, 127 x 109 cm., 2000.